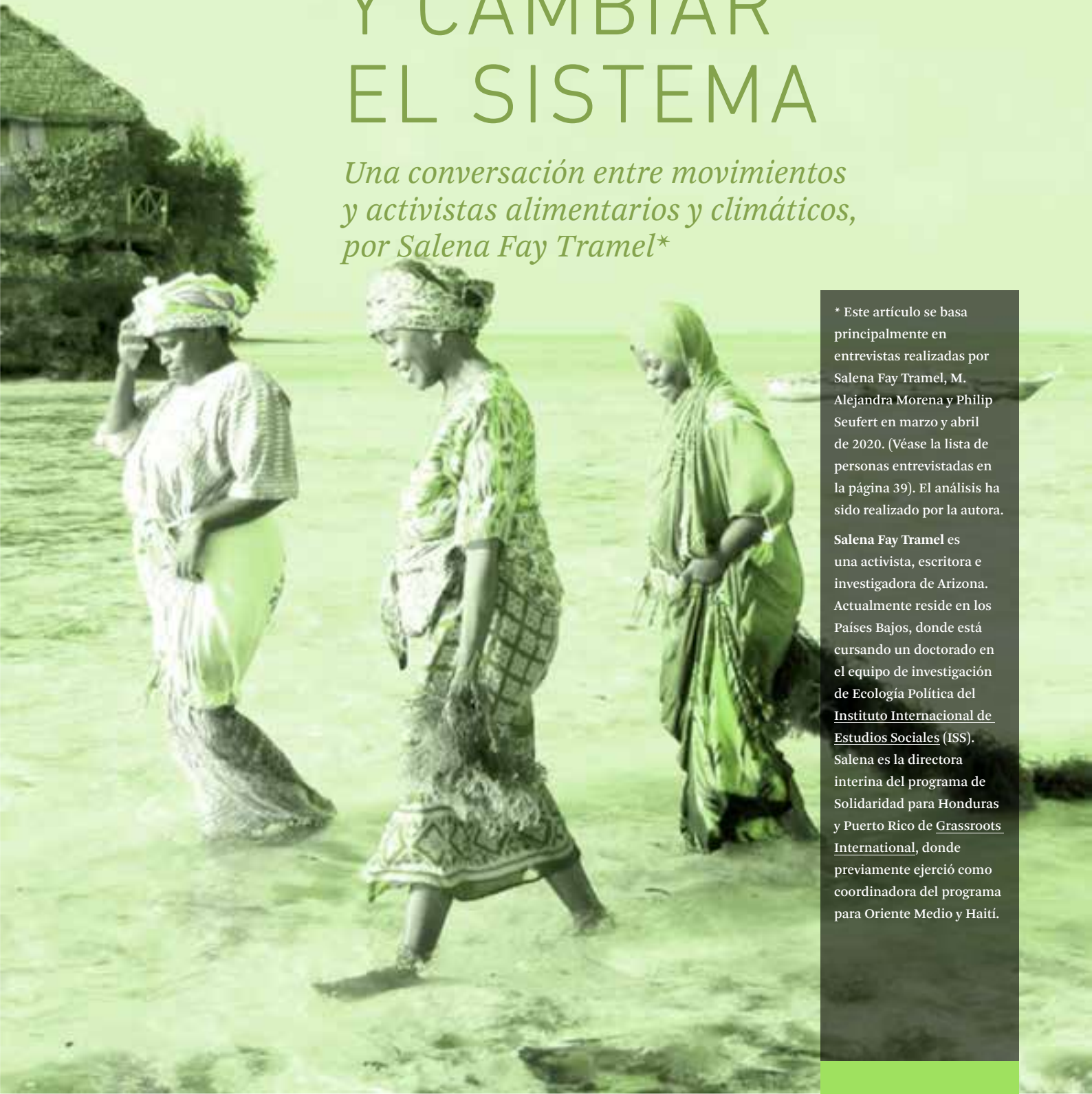


ENFOQUES CONVERGENTES PARA SUPERAR LA CRISIS Y CAMBIAR EL SISTEMA

*Una conversación entre movimientos
y activistas alimentarios y climáticos,
por Salena Fay Tramel**

* Este artículo se basa principalmente en entrevistas realizadas por Salena Fay Tramel, M. Alejandra Morena y Philip Seufert en marzo y abril de 2020. (Véase la lista de personas entrevistadas en la página 39). El análisis ha sido realizado por la autora.

Salena Fay Tramel es una activista, escritora e investigadora de Arizona. Actualmente reside en los Países Bajos, donde está cursando un doctorado en el equipo de investigación de Ecología Política del [Instituto Internacional de Estudios Sociales \(ISS\)](#). Salena es la directora interina del programa de Solidaridad para Honduras y Puerto Rico de [Grassroots International](#), donde previamente ejerció como coordinadora del programa para Oriente Medio y Haití.



“Este momento político es una tormenta perfecta de dos sistemas de presión opuestos, la salud humana en una era de pandemia y la salud planetaria en medio de la agonía del cambio climático. La transformación es inevitable, pero cómo se vea ese cambio depende de nosotros y nosotras”.

AGRADECIMIENTOS |

Un agradecimiento especial a Philip Seufert y M. Alejandra Morena (FIAN Internacional) por su ayuda en conceptualizar este artículo, y a ellos y Christina M. Schiavoni (investigadora independiente) por su apoyo en la revisión.

FOTO | © Salena Fay Tramel

Los shocks ecológicos y económicos en el capitalismo global no son nada nuevo, incluso si tienden a cogernos por sorpresa. La tercera década del siglo XXI se ha estrenado como las páginas de una novela de suspenso magistralmente elaborada, donde el villano es un virus altamente contagioso y en constante reproducción. La vida industrial moderna tal como la conocemos, dependiente de una intrincada serie de interacciones humanas, queda paralizada como un reloj *steampunk*¹ sin cuerda. Aviones fantasmas sin pasajeros se cuelan por rutas de vuelo transatlánticas, mientras que los hospitales en una cuadrícula de ciudades en tierra están desbordadas de enfermos. Gran parte de nosotros y nosotras recurrimos a las pantallas de nuestras computadoras como los portales en los que progresivamente se han convertido, tratando de darle sentido a este peculiar momento político. Otros y otras no tienen tiempo para estas reflexiones; los frentes del campo de batalla de la pandemia de COVID-19 se han expandido a lo largo de las trincheras existentes de raza, clase, género y generación.

Mientras que los medios de comunicación hacen correr ríos de tinta con titulares sobre el “regreso a la normalidad” y otros lamentan que “nunca nada volverá a ser lo mismo”, las comunidades y activistas en la primera línea del cambio climático y el acaparamiento de recursos llevan ya mucho tiempo experimentando los impactos desiguales del sistema capitalista.² Estas rupturas pueden ocurrir en un área geográficamente limitada: un ciclón, un terremoto o un derrame de petróleo. Alternativamente, pueden proliferar a través del lugar y el espacio una vez que se ponen en marcha, como las crisis de 2007-2008 de los precios de los alimentos, financiera,

¹ El *steampunk* se refiere a un subgénero literario nacido dentro de la ciencia ficción especulativa y que se desenvuelve en una ambientación donde la tecnología con vapor sigue siendo la predominante y donde no es extraño encontrar elementos comunes de la ciencia ficción o la fantasía.

² Para más información, consulte O'Connor, James. *Causas naturales: Ensayos de Marxismo Ecológico*. Nueva York: Guilford, 1998.

energética y combustible, que arrasaron todo a su paso sin respetar fronteras como si fueran incendios forestales. O, precisamente, como una enfermedad contagiosa y sus múltiples repercusiones.

Movement Generation, un colectivo dedicado a la organización de base, el desarrollo de movimientos y la educación popular con sede en Estados Unidos, cuenta con un marco útil para comprender el cambio a gran escala y lo describe como “shocks, deslizamientos y cambios”.³ Un deslizamiento, tal como está conceptualizado en este marco, indica un proceso de interrupción parecido a un shock, pero menos abrupto. Por ejemplo, el calentamiento global y la acidificación de los océanos son menos repentinos que una emergencia sobrevenida, pero pueden suponer un mayor peligro. Una vez que un deslizamiento se ha puesto en movimiento, provoca una reacción en cadena que es difícil de detener, al igual que la energía cinética que hace que una hilera de fichas de dominó caiga de principio a fin.

Cuando un deslizamiento crónico como el caos climático entra en contacto con un shock agudo, como una crisis de precios de los alimentos o el brote repentino de una enfermedad, es necesario un cambio para romper el estancamiento. Los cambios pueden ir en cualquier dirección. En la última década, hemos presenciado tendencias alarmantes en los giros hacia una mayor violencia, supremacía blanca, patriarcado y colonialismo. Muchos de estos han ocurrido en respuesta a los problemas interrelacionados con la extracción de recursos naturales y la negación y mitigación del cambio climático. A nivel mundial, esto queda en evidencia por la falsa solución del “acaparamiento verde”, que consiste en acumular tierras en nombre de la protección del medio ambiente y literalmente implica “vender la naturaleza para salvarla”.⁴ Los cambios también se han manifestado en varios aspectos del nacionalismo, el autoritarismo y los populismos de derecha en los Estados como respuestas a un proyecto neoliberal vacilante y generalizado.⁵

Pero también se están produciendo otros tipos de cambios, y esos son los que los movimientos de justicia social están utilizando para ganar luchas de larga data por el acceso a y el control de los recursos naturales. Dentro y entre los movimientos radicales que históricamente han trabajado por sectores, los y las activistas están participando en conversaciones difíciles para construir sofisticadas convergencias para el cambio sistémico. En pocas palabras, si el capitalismo provoca habitualmente shocks económicos y ecológicos a lo largo de su acelerado descenso hacia un futuro insostenible, ¿por qué no aprovechar esta ocasión para construir el poder político desde la base para reemplazar ese sistema con una alternativa mejor?

Este artículo trata sobre lo que se necesita para lograr esos cambios para la justicia y la soberanía popular, y lo que se interpone en el camino. Una suposición fundamental y punto de partida de este artículo es que la crisis climática presenta una amenaza existencial que ha puesto en marcha a los movimientos que trabajan en una variedad de temas, con el objetivo de entrelazar sus luchas en la resistencia al acaparamiento de recursos y al cambio climático. Para hacer más próximas y humanas las interacciones políticas que tienen lugar dentro y entre los movimientos, el contenido de este artículo se basa en doce entrevistas, seis de las cuales se organizaron por parejas y las otras seis, de manera individual. Estas conversaciones se llevaron a cabo con líderes y lideresas de movimientos sociales de organizaciones de mujeres, el campesinado, comunidades pesqueras, pueblos indígenas, jóvenes, ambientalistas y personas trabajadoras de los cinco continentes entre marzo y abril de 2020.

3 Para más información, consulte Movement Generation. “Communities Across U.S Stand With Those Impacted by Sandy”. Disponible (en inglés) en: movementgeneration.org/communities-across-us-stand-with-those-impacted-by-sandy/; y Justice Funders. “State of the Movement 2018: 03 Mateo Nube”, febrero de 2018. Disponible (en inglés) en: www.youtube.com/watch?v=16n-WP1y2kGI&feature=youtu.be.

4 Fairhead, James, Leach, Melissa, and Ian Scoones. “Green grabbing: a new appropriation of nature?” *Journal of peasant studies*, 39(2), (2012): págs. 237-261.

5 Scoones, Ian et al. “Emancipatory rural politics: confronting authoritarian populism”. *Journal of Peasant Studies*, 45(1), (2018): págs. 1-20.

Todos estos movimientos sociales comparten agendas políticas abiertas y proactivas que luchan contra el poder, los privilegios y el patriarcado. El clima y los alimentos se utilizaron como puntos de partida, áreas en las que los y las activistas que entrevistamos se habían involucrado durante años. Nuestras conversaciones se organizaron como espacios abiertos para el intercambio en torno a lo que los movimientos de base ven como la salida del aparente estancamiento de un momento político multifacético, y cómo se pueden soldar lazos más fuertes para lograr la soberanía alimentaria y la justicia climática en luchas más amplias por el cambio sistémico. El resto de este artículo está organizado en torno a cuatro cambios clave que surgieron como temas comunes sobre cómo lograr ese objetivo: feminismos, agroecología, agua y transición justa.

FEMINISMOS

Cuando las llamas de la crisis de los precios de los alimentos se calmaron en África hace una década, el continente quedó calcinado y con profundas heridas talladas en su territorio en forma de una apropiación intensificada de recursos. Este gran acaparamiento de tierras en África fue único, ya que las personas que lo promovieron lo elogiaron y lo presentaron como la solución para resolver múltiples crisis de hambre, desempleo y cambio climático. Pero las activistas feministas familiarizadas con los disfraces siempre cambiantes en la farsa del extractivismo no se dejaron engañar por la grandeza de este nuevo carnaval.

Ruth Nyambura es una de ellas. “Pusimos en marcha African Ecofeminist Collective hace poco más de cinco años para reunir a jóvenes feministas que trabajan en la intersección de la ecología, la tierra, los alimentos y el extractivismo”, dijo en una conferencia telefónica desde Kenia. “Los shocks alimentarios y energéticos provocaron un gran auge en la minería, y formulamos nuestra lucha contra esa realidad en dos niveles”, explicó. “Tratamos de descubrir la economía política de todo esto, al tiempo que trabajamos también los espacios íntimos”.

African Feminist Collective ha invertido un tiempo considerable en rastrear el entramado histórico de las mujeres, la alimentación y el medio ambiente que se extiende por el continente como un mapa revelador de patrones. “Nuestras mujeres ven el análisis interseccional de los alimentos en nuestra región”, aseguró Ruth. “Somos conscientes de que la mayor parte son producidos por mujeres africanas, en áreas rurales y también en ciudades, y estas productoras de alimentos son en su mayoría mujeres mayores”, agregó.

Esa historia conlleva un profundo significado conforme las mujeres de African Feminist Collective abordan el desafío del cambio climático. “Hay una tendencia a olvidar la historia colonial al tratar de afrontar los efectos del cambio climático en las mujeres y en nuestro ecosistema y los desafíos interconectados de la reducción de las parcelas de tierra y el colapso del sector público”, explicó Ruth. “Pero debemos tener en cuenta este pasado cuando hacemos un análisis”, señaló, “porque la crisis climática debe ser vista como una expresión y vida futura de las políticas coloniales contra las que el continente africano ha estado luchando durante más de cien años”.

Arieska (Arie) Kurniawaty, una organizadora feminista de la red indonesia de incidencia para la mujer Solidaritas Perempuan, compartió el énfasis de Ruth en la interseccionalidad y el enfoque en la historia al abordar las causas profundas de las

crisis alimentaria y climática. “Hablamos de los derechos de las mujeres”, dijo Arie, “ya que para nosotras el feminismo significa hablar de desequilibrios de poder, desde el ámbito familiar hasta la esfera global”. Explicó que, en el contexto indonesio, las feministas organizaron a las mujeres y sus comunidades más amplias en la lucha de manera lenta y no demasiado conflictiva.

Las respuestas capitalistas a la mitigación del cambio climático han proporcionado una apertura política para hacerlo. La abundancia de recursos naturales en Indonesia ha convertido al país en un punto clave para los modelos de comercio de carbono en bosques, pesquerías y tierras de cultivo. El archipiélago ha estado avanzando significativamente por delante de otros países del sudeste asiático y de todo el mundo: en 2017, logró el codiciado marcador económico de una economía de un billón de dólares y ahora es la más importante de la región. ¿Pero a qué costo y para quién?

“Por supuesto, debemos reducir los gases de efecto invernadero”, dijo Arie, “pero los proyectos privatizados como REDD+ en realidad limitan el acceso de las mujeres a los bosques, por lo que tenemos que trabajar juntas para convencer a nuestro gobierno de que son soluciones falsas”. Arie explicó que los bosques son el lugar donde las mujeres van a buscar alimentos y medicinas y también sirven como espacios espirituales y culturales irremplazables. Solidaritas Perempuan equipa a las mujeres rurales con herramientas que han demostrado ser eficaces con el paso del tiempo y basadas en los derechos humanos, como la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW, 1979), así como otras más recientes, como las Directrices voluntarias sobre la gobernanza responsable de la tenencia de la tierra, la pesca y los bosques (VGGT, 2012), adoptada en el reformado Comité de la ONU sobre Seguridad Alimentaria Mundial (CFS).

En general, Arie ve el movimiento feminista indonesio en evolución como uno con potencial para combatir la impunidad de las empresas transnacionales y un peligroso sistema político de derecha que está ampliando su alcance. Solidaritas Perempuan también se dedica a aumentar la concienciación sobre temas feministas entre los movimientos sociales de comunidades productoras de alimentos y los pueblos indígenas alineados en su análisis político, pero que carecen de sensibilidad de género. En palabras de Arie: “el patriarcado y el capitalismo empobrecen colectivamente a las mujeres, y el movimiento feminista es un movimiento de liberación frente a los desequilibrios de poder en la vida de todas las personas. Ahora es el momento de reclamar los espacios que hemos ido perdiendo en todas las regiones y continentes”.

Al otro lado del Océano Pacífico y lejos de sus costas, donde la frontera militarizada de EE.UU. y México atraviesa el espléndido ecosistema del desierto de Sonora, se encuentra la Nación Yaqui. Andrea Carmen pertenece a esta comunidad, pero su compromiso con los asuntos y movimientos indígenas no está sujeto a ninguna afiliación tribal. Como directora ejecutiva del Consejo Internacional de Tratados Indios (CITI) con sede en Arizona, es activista desde muchos frentes.

Andrea adquirió su primera experiencia en el movimiento de mujeres como estudiante universitaria en los años 70. En ese momento, el feminismo de la segunda ola estaba en auge y se centró en gran medida en la resolución de la desigualdad en el lugar de trabajo. Si bien la paridad salarial se convirtió en una causa popular para las feministas blancas en América del Norte y en Europa, muchas mujeres indige-

nas todavía se estaban curando las heridas causadas por el colonialismo. Andrea, por ejemplo, estaba trabajando en campañas para llamar la atención sobre la esterilización forzada de mujeres indígenas.

“Entiendo el feminismo desde la perspectiva europea, y tiene sentido en su contexto, pero como mujeres indígenas tenemos que verlo de otra manera”, dijo Andrea. “La Madre Tierra nos dio a luz a todos y a todas y creó respeto, por lo que forzar una identidad binaria sobre todas las personas no es lo que necesitamos”, agregó. “En nuestro movimiento indígena no padecemos, según mi experiencia, la ausencia de un liderazgo femenino fuerte ya que las mujeres son extremadamente respetadas como fuentes de conocimiento. Nuestros desafíos son diferentes”.

La experiencia y conocimientos que Andrea compartió subrayaron la necesidad de una pluralidad de feminismos para acabar con las expresiones sistémicas perjudiciales de patriarcado, colonialismo y crecimiento neoliberal. El fortalecimiento de feminismos indígenas, negros, campesinos, *queer* y otros tipos permite a las personas más afectadas por un sistema basado en formas de opresión interconectadas construir lo necesario para reemplazarlo.⁶ Hemos podido poner en evidencia las vulneraciones de nuestros derechos que estamos experimentando, pero también las formas en que podemos contribuir a las soluciones”, señaló Andrea. “Las prácticas y las estructuras indígenas deben ser respetadas”.

⁶ Para más información sobre diversidad de género e interseccionalidad, consulte: Gioia, Paula. “Más color(es): la diversidad de género en el sistema alimentario”. *Observatorio del Derecho a la Alimentación y a la Nutrición* (2019):34-41. Disponible en: https://www.righttofoodandnutrition.org/files/rtfn-watch11-2019_esp-36-43.pdf.

AGROECOLOGÍA

Del Altiplano peruano de Ayacucho, que desciende a la selva amazónica por un lado y la irregular costa del Pacífico por el otro, emana la revolución como el vapor de las calderas de los volcanes por los que es conocida la región. Hace casi 200 años, cuando Perú era un bastión monárquico de la corona española, el movimiento independentista bolivariano ganó una batalla decisiva en Ayacucho, protegiendo la libertad de todo el continente suramericano del dominio ibérico. Actualmente, diferentes tipos de amenazas se han abierto paso a través de los puertos de montaña andinos de Ayacucho.

Las comunidades quechuas que viven en Ayacucho han sobrevivido a muchos intentos de eliminarlas, en gran parte aferrándose a los sistemas agrícolas tradicionales que protegen su ecología natural. Tarcila Rivera Zea es una de estas guardianas: lidera el Centro de Culturas Indígenas del Perú (CHIRAPAQ) y es la fundadora del Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (ECMIA). Tarcila ha dedicado su vida a ejercer influencia en las políticas de niveles desde el ámbito local al global como defensora de las mujeres indígenas. Una forma significativa de ejercer esta influencia ha sido desde el enfoque de los alimentos. “La lucha de los pueblos indígenas es el derecho a los recursos naturales, y debemos tener claro que este es nuestro punto de partida”, aseguró.

Tarcila explicó que la crisis climática estaba exacerbando los problemas de acceso a los cultivos nativos en una región ya debilitada por las políticas comerciales neoliberales. “Si valoramos y priorizamos la producción saludable, desde el maíz y las papas hasta las hierbas y las medicinas, y luego creamos un mercado justo para estos productos, el impacto del cambio climático será menor”, señaló. La activista enfatizó que su trabajo con CHIRAPAQ tiene varios niveles y que ha progresado desde el derecho a la alimentación hasta la soberanía alimentaria y la justicia climática, y actualmente abarca los tres de forma simultánea.

La agroecología es un pilar que conecta la soberanía alimentaria con la justicia climática. Es un cambio clave que los movimientos de justicia social ven como la salida del atolladero que es el sistema alimentario industrial y otras formas de control y extracción de recursos naturales. La mayoría del campesinado y pueblos indígenas han estado perfeccionando el arte de la agroecología durante generaciones a través de la innovación constante basada en un profundo conocimiento del mundo viviente.⁷ Con un aumento de casos de anemia y desnutrición en la tierra natal de Tarcila debido a la captura corporativa del sistema alimentario, CHIRAPAQ se asegura de que las respuestas agroecológicas comunitarias comiencen con la producción local y terminen con el consumo local. “Podemos usar la agroecología para articular las voces de las mujeres indígenas de la esfera local a la global”, dijo.

Pero, ¿qué implica exactamente la agroecología en la práctica? En 2015, un grupo de activistas por la soberanía alimentaria y la justicia climática se dio cita en la pequeña ecoaldea maliense de Nyéléni para poner en común sus respuestas a esa pregunta. No era la primera vez que el movimiento campesino de Malí había organizado un evento de este tipo en Nyéléni con su contraparte global La Vía Campesina. En 2007, justo cuando se agravaba la crisis de los precios de los alimentos, los movimientos sociales se reunieron allí para abordar la soberanía alimentaria como “el derecho de los pueblos a una alimentación sana y culturalmente apropiada producida mediante métodos ecológicamente racionales y sostenibles, y su derecho a definir su propia alimentación y sistemas agrícolas”.⁸ Posteriormente, en 2011, cuando Malí protagonizaba algunos de los peores casos de apropiación de tierras en todo el mundo, los movimientos sociales volvieron a Nyéléni para denunciar el fenómeno y combatirlo con la soberanía alimentaria.

La reunión de agroecología en 2015 lo unió todo: cuando el problema de la crisis climática entró en contacto con el impacto de la crisis de los precios de los alimentos, el cambio que los capitalistas buscaron fue uno hacia el acaparamiento de tierras con una nueva y amigable fachada ambiental. Sin embargo, esta alianza estratégica de movimientos sociales estaba decidida a impedir que se salieran con la suya con otro atraco a mano armada. Saulo Araujo, quien asistió a la reunión de agroecología en Nyéléni, dijo: “La agroecología no es un concepto o una solución tecnológica, es un proceso de lo que hay que hacer para restablecer el equilibrio, especialmente en tiempos de crisis”.

Formado como ingeniero agrónomo, el trabajo de Saulo apoya iniciativas en torno a la soberanía alimentaria y la justicia climática lideradas por los movimientos sociales. Originario de Brasil, dirige el programa de Movimientos Globales en WhyHunger, en EE.UU. También es un miembro activo tanto en la US Food Sovereignty Alliance como en la Alianza para la Justicia Climática. “La gente está reclamando su conocimiento y protagonismo ancestral en la soberanía alimentaria a través de la agroecología. La solidaridad entre las comunidades es un acto de resistencia en el que compartimos conocimiento, nos apoyamos mutuamente y construimos el internacionalismo de base como el camino hacia las formas permanentes de crisis que enfrentamos”.

Es importante subrayar que la agroecología, al igual que el feminismo, no es una solución única y universal. De hecho, la agroecología se opone precisamente a esos remedios rápidos como REDD+ y la Revolución Azul⁹ mediante una resistencia política altamente organizada.

7 Para más información sobre el vínculo entre la agroecología y el feminismo, consulte: “Sin feminismo, no hay agroecología”. *Observatorio del Derecho a la Alimentación y a la Nutrición* (2019); págs. 44-53. Disponible en: https://www.righttofoodandnutrition.org/files/rtfn-watch11-2019_esp-44-53.pdf.

8 Para más información consulte la Declaración de Nyéléni del Foro para la Soberanía Alimentaria, 2007. Disponible en: <https://nyeleni.org/IMG/pdf/DeclNyeleni-es.pdf>.

9 Para más información sobre las iniciativas de “Crecimiento azul” consulte: Barbesgaard, Mads. “La privatización y la captura corporativa de la política pesquera mundial”. *Observatorio del Derecho a la Alimentación y a la Nutrición* (2016); págs. 34-37. Disponible en: https://www.righttofoodandnutrition.org/files/watch_2016_article_3_span_la_privatizacion_y_la_captura_corporativa_de_la_politica_pesquera_mundial.pdf.

Un ejemplo de este trabajo está teniendo lugar en Puerto Rico, un hermoso y pequeño archipiélago que se extiende sobre el Caribe como un triángulo de esmeraldas en el mostrador de cristal de un joyero. Un vistazo rápido a un mapa da la impresión de que es un paraíso aislado, completo con su propia selva tropical. Pero un breve recorrido por sus antecedentes cuenta una historia diferente. Primero, la isla fue arrebatada de las manos de los pueblos indígenas taínos por Cristóbal Colón y sus merodeadores, y luego fue adquirida por EE.UU. como botín después de la guerra hispanoamericana. Actualmente, la isla sigue siendo una posesión territorial no incorporada de EE.UU. o, en otras palabras, una de las colonias más antiguas del mundo.

Jesús Vázquez, un activista puertorriqueño de la Organización Boricuá de Agricultura Ecológica (Boricuá), un movimiento de *jíbaras* y *jíbaros*, ve la agroecología como el cambio necesario para independizarse de las costosas y poco saludables importaciones de alimentos de EE.UU., y de sofocantes medidas de austeridad, también impuestas por Washington. “Estamos pensando muchos en nuestros antepasados y antepasadas, los pueblos taínos y las personas en todas partes del mundo que quieren regresar a la tierra y usarla productivamente sin destruirla ni explotarla”, dijo Jesús.

Una creciente red de activistas agroecológicos en Puerto Rico, incluida Boricuá, está promoviendo el argumento directo de que si Puerto Rico en su día producía la mayor parte de sus propios alimentos, sin mencionar los productos que fueron extraídos para saciar a sus colonizadores –café para España y caña de azúcar para EE.UU.—, puede volver a hacerlo. Jesús explicó que Boricuá tomó prestada la metodología “campesino-a-campesino” de La Vía Campesina, el movimiento campesino internacional del que Boricuá es miembro, y la adaptó a las necesidades únicas del pueblo puertorriqueño. “Llamamos a este método ‘brigadas agroecológicas y solidarias’, y son esenciales para la forma en que nos organizamos”, señaló Jesús.

Estas brigadas recorren las granjas de una en una para apoyar no solo a los agricultores y las agricultoras, sino también a la comunidad en general. Dichas estrategias son parte del compromiso de Boricuá con una visión multisectorial. “La alimentación y la agricultura son la esencia del sustento de la vida, por lo que sabemos que debemos contar con alianzas más amplias, con sindicatos, con la fuerza laboral, el campesinado, las personas que trabajan en el sector de la salud y otras”, indicó Jesús. “Hacemos este trabajo en diferentes regiones de Puerto Rico y nos respaldamos mutuamente a lo largo del alcance de nuestros movimientos”, agregó.

AGUA

Mencionar Palestina en compañía requiere prepararse para una conversación complicada. Con tantas capas enrevesadas de opresión asfixiando a tanta gente en el contexto de la ocupación israelí de los territorios palestinos, sería fácil ignorar este rincón tan disputado del Mediterráneo como una anomalía. Después de todo, el “conflicto” se concentra en una pequeña área geográfica, en un contexto agitado de divisiones religiosas aparentemente irreconciliables. Ciertamente, la lucha palestina por la libertad –como cualquier otra lucha por la libertad— tiene su historia y características únicas. Pero su política contemporánea se reduce al control sobre los recursos naturales, y el principal es el agua.

La Unión de Comités de Trabajadores Agrícolas (UAWC) es uno de los múltiples movimientos sociales palestinos que llenan el vacío que supone la ausencia de soberanía en los territorios ocupados. “Israel usa alrededor del 85% de nuestras aguas palestinas”, señaló Saira Abbas¹⁰, desde la sede de la UAWC en Ramala. “Las fuerzas de ocupación no nos permiten recoger agua de lluvia del cielo, y también nos prohíben administrar el agua subterránea al impedirnos acceder a manantiales o construir o rehabilitar pozos artesanales”, explicó la activista.

¹⁰ El nombre ha sido cambiado para mantener la confidencialidad de la entrevistada.

Practicar la soberanía alimentaria a través de la agroecología en la Palestina rural a la sombra de los asentamientos invasores no es una tarea fácil, pero es una tarea con la que la UAWC se ha comprometido. “Nuestro mejor trabajo en las coyunturas del clima, los alimentos y el agua es a través de nuestro banco de semillas”, dijo Saira. La UAWC ha mantenido un banco de semillas desde 2003; en él, salvaguardan inusuales variedades de semillas de herencia palestina que han ido pasando de una generación a otra, como el valioso cofre de joyas de una matriarca anciana. “Estas semillas indígenas no solo hacen que sea más fácil regresar a la tierra y protegerla a través del cultivo”, explicó Saira, “sino que además apenas usan agua y nos protegen del cambio climático”.

La UAWC insiste en la importancia del internacionalismo y la solidaridad para normalizar la difícil situación de los 20.000 campesinos, campesinas, pescadores y pescadoras que representa en Gaza y Cisjordania. Es miembro de La Vía Campesina y tener una relación política con el movimiento global ha brindado al colectivo de activistas de Palestina la oportunidad de organizar intercambios de aprendizaje en sus territorios y también participar en los que tienen lugar en el extranjero. “De manera colectiva estamos mostrando al mundo entero el importante papel del agua en la agroecología”, dijo Saira. “Y podemos ayudar a las personas a comprender que el agua es un motor de la ocupación que queremos eliminar”, agregó.

Algunos de los proyectos recientes más importantes de La Vía Campesina han sido encabezar la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos, las Campesinas y Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (UNDROP) y lograr que fuera aprobada (la Asamblea General adoptó el instrumento basado en los derechos humanos en 2018). La UNDROP expone los derechos al agua para uso personal y doméstico y destaca su importancia para el campesinado y otras poblaciones que protegen los recursos naturales y cuyos medios de vida dependen de ellos. El artículo 21.2, por ejemplo, estipula: “Tienen derecho a acceder de manera equitativa al agua y a los sistemas de gestión de los recursos hídricos, y a no sufrir cortes arbitrarios o la contaminación de su suministro de agua”.¹¹

¹¹ Disponible en: <https://digitallibrary.un.org/record/1650694?ln=en>. Para más información, consulte: Claeys, Priscilla y Marc Edelman. “The United Nations Declaration on the rights of peasants and other people working in rural areas”. *Journal of Peasant Studies*, 47(1), (2020): págs. 1-68.

Si bien los movimientos sociales de diversos sectores se esfuerzan por fortalecer los aspectos de su trabajo relacionados con el agua, para las comunidades dedicadas a la pesca, el agua no solo sustenta la vida, sino que también proporciona sus medios de vida. Con este espíritu, el Foro Mundial de Pueblos Pescadores (WFFP, por sus siglas en inglés) organiza movimientos del sector pesquero a pequeña escala de todo el mundo. Uno de sus miembros más activos se encuentra en un estado de África occidental a menudo olvidado, donde los ríos atraviesan serpenteantes la tierra roja para desembocar en el mar.

Las extrañas fronteras de Gambia le atribuyen al país una apariencia de dedo largo y torcido que sobresale del Océano Atlántico sobre Senegal como si estuviera apun-

tando hacia el este por encima del vasto Sahel. Esta insólita topografía es un remanente de una apropiación colonial británica de agua en territorio indígena africano que ya estaba ocupado por los franceses. Desde 1965, Gambia ha sido independiente; sin embargo, el acaparamiento de agua sigue siendo una asignatura pendiente.

La National Association of Artisanal Fisheries Operators (NAAFO) es la organización miembro de Gambia del Foro Mundial de Pescadores que está presionando en contra del cercamiento de agua en varios frentes. Fatou Camara explicó que su movimiento está adaptando el marco de la soberanía alimentaria para satisfacer las necesidades únicas de las comunidades ribereñas y costeras de Gambia. “El pescado es una proteína asequible altamente nutritiva para nuestra comunidad”, señaló. “La destructiva pesca industrial y el turismo costero son una amenaza para las comunidades pesqueras”, añadió. Fatou representa a NAAFO internacionalmente dentro del grupo de trabajo de pesca del Comité Internacional de Planificación para la Soberanía Alimentaria, un paraguas que agrupa movimientos que ha sido instrumental en la redacción colectiva de políticas de gobernanza global como las Directrices voluntarias de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura para Asegurar la Pesca Sostenible a Pequeña Escala (VG-SSF, 2014).

De vuelta en Gambia, Fatou trabaja en la implementación de mecanismos políticos como el VG-SSF en el ámbito estatal, con un enfoque en la justicia de género. “La mayoría de las actividades que tienen que ver con la pesca y la justicia climática son realizadas por mujeres, por lo que queremos que nuestro papel sea prioritario dentro del movimiento pesquero”, dijo. Además, Fatou reconoció que los derechos de tenencia de la tierra eran un obstáculo para todas las mujeres gambianas, y esperaba crear vínculos con otros sectores que buscaran hacer realidad esos derechos. En sus palabras: “Queremos trabajar con mujeres en otros sectores para que podamos construir nuestro poder colectivo”.

Una de las muestras más impresionantes de poder colectivo que usa el agua como marco para un cambio sistémico tuvo lugar en el territorio Sioux en 2016-17. Más de 280 tribus indígenas se reunieron en Standing Rock, una reserva en las interminables llanuras de Dakota, donde la tasa de pobreza es tres veces mayor que el promedio de EE.UU. Su objetivo era bloquear la construcción en el área de un enorme oleoducto.

Aunque la congregación finalmente fue dispersada por la fuerza y el oleoducto siguió adelante, las personas protectoras del agua entraron en el mapa político para quedarse. Los eventos en Standing Rock habían actuado como una estación generadora, bombeando energía de alto voltaje a través de una nueva red electrificada de alianzas. Surgieron nuevos campamentos de protesta en Minnesota y Luisiana para reivindicar los derechos de los tratados¹² en sus aguas territoriales. Y en Nación Navajo, la mayor reserva en EE.UU. que se encuentra principalmente en los áridos desiertos de Arizona, el grito de batalla de “el agua es vida” se utilizó para trabajar intersectorialmente en el nexo agua-energía-alimentación.

¹² Los derechos de los tratados son acuerdos vinculantes entre dos Estados o soberanos. Para un sencillo análisis, consulte (en inglés): indianlaw.org/content/treaty-rights-and-un-declaration-rights-indigenous-peoples.

Janene Yazzie, miembro de la Nación Navajo y que trabaja en el CITI, explicó que la desertificación está aumentando y que las dunas de arena se están extendiendo en su tierra natal debido al cambio climático. Esa lenta invasión ha sido paralela a las actividades extractivas en las montañas sagradas, la minería del carbón, el *fracking* de gas natural y un legado de la minería de uranio. Janene explicó: “El Con-

sejo Internacional de Tratados Indios trabaja con las comunidades indígenas para construir modelos no solo de soberanía alimentaria, sino también de soberanía del agua, y luego para encontrar las vías necesarias para ascender esas luchas de base al nivel internacional”.

Un ejemplo de este trabajo es asegurar que las alianzas energéticas y el desarrollo urbanístico se aborden desde un enfoque basado en los derechos utilizando herramientas como las compiladas en la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (UNDRIP) que estipula, entre otras cosas, el derecho al agua como un recurso natural clave y el derecho a defender tratados como los que teóricamente gobiernan la Nación Navajo. “A nivel comunitario, este es un trabajo intergeneracional”, dijo Janene. “Mantenemos la urgencia de proteger a quienes poseen nuestros conocimientos tradicionales, las prácticas, idiomas y protocolos necesarios para influir en lo que significa restaurar nuestra autosuficiencia, nuestra soberanía y quiénes somos como pueblos indígenas”, explicó.

TRANSICIÓN JUSTA

El marco de transición justa surgió de la organización sindical y la justicia ambiental cuando el movimiento antiglobalización estaba en pleno apogeo a fines de los años 90. Algunos de los círculos defensores norteamericanos y europeos del neoliberalismo estaban tentando a las antiguas colonias con el tóxico elixir de la estabilización, los ajustes estructurales y el crecimiento impulsado por las exportaciones. La clase obrera y los colectivos ambientalistas que pedían una transición económica y ecológica en ese momento eran muy conscientes de que estaba vinculada a una ruptura de las barreras relativas a la raza y la clase social.

Si avanzamos rápidamente en el tiempo dos décadas, vemos que la transición justa en la práctica es tan diversa como las comunidades que implementan su principio fundamental de reemplazar las economías extractivas por economías regenerativas.¹³ “Nos inspiramos en muchas formas diferentes de acción directa no violenta, desde Ghandi hasta el movimiento de derechos civiles, el movimiento contra el Apartheid y las sufragistas”, explicó Esther Stanford-Xosei, una activista de origen africano que trabaja desde Londres en temas de justicia climática y reparaciones con la Extinction Rebellion Internationalist Solidarity Network. “Sabemos que el acaparamiento de tierras y el desposeimiento estaban y están conectados con las economías de las plantaciones de alimentos”, señaló. “La extracción de recursos en nuestros países de origen es la nueva forma de colonización de Gran Bretaña”.

Esther enfatizó que curar un planeta herido debe incluir la resolución de los errores cometidos a las personas en el proceso de ruptura. Esto comienza con reparaciones para las víctimas esclavizadas y asesinadas por el proyecto colonial. Esther hace este trabajo en su comunidad del sur de Londres a través de la campaña Stop the Maangamizi!, dirigida al nivel parlamentario británico mediante la incidencia por el establecimiento de una Comisión de Investigación para la Verdad y la Justicia Restaurativa.

“La alimentación es un tema esencial que ha estado en el centro de la colonización, y nuestra lente de reparación arranca con esa historia”, explicó Esther. “Hay un claro vínculo entre los alimentos y la tierra y el ecocidio que ahora estamos presenciando”. Para la activista la transformación del sistema alimentario y las reparaciones están entrelazadas. “El ecocidio y el genocidio son procesos interconectados que se han dirigido tanto a los pueblos africanos como a los indígenas”, señaló Esther.

¹³ Para más información, consulte Climate Justice Alliance. “Just Transition: A Framework for Change”. Disponible (en inglés) en: climatejusticealliance.org/just-transition/.

“La justicia restaurativa, incluido la anulación de la deuda, ha sido promovida por los pueblos oprimidos racial y colonialmente en el Norte y el Sur”.

14 Para más información sobre interseccionalidad, consulte: Woods, Deidre. “Mujeres invisibles: Hambre, pobreza, racismo y cuestiones de género en el Reino Unido”. *Observatorio del Derecho a la Alimentación y a la Nutrición* (2019): págs. 28-35. Disponible en: https://www.righttofoodandnutrition.org/files/rtfn-watch11-2019_esp-28-35.pdf.

A través de una red de movimientos sociales estrechamente tejida, Esther ve la interseccionalidad como el camino a seguir.¹⁴ “También es importante que las comunidades blancas exploren sus luchas por el desposeimiento de tierras y la opresión clasista de su clase trabajadora”, recomendó. “Estamos elevando nuestras perspectivas, soluciones y metodologías para fusionar las rebeliones de nuestras respectivas comunidades”, agregó Esther. “Parte de ese trabajo consiste en conquistar corazonas y mentes en Europa”.

Tal como describió con tanta fuerza Esther, las posiciones ideológicas comunes de los movimientos de justicia social están influidas por factores de clase e identidad; a su vez, esas ideologías alimentan estrategias políticas, como la transición justa. Khwezi Mabasa expuso cómo los movimientos alimentarios y climáticos necesitan construir estrategias internas y externas para ver resultados tangibles en su trabajo. “Debemos comprometernos con el Estado y también con el capital corporativo, ya que ambos están despojando a las personas y socavando la soberanía alimentaria”, dijo por teléfono desde Sudáfrica. “Desde una perspectiva estratégica, necesitamos diferentes pilares organizativos para transformar el sistema alimentario”.

Khwezi se encontró por primera vez en la intersección de alimentos y trabajo cuando ejercía como educador y coordinador de políticas en el Congreso de Sindicatos de Sudáfrica (COSATU); actualmente, está haciendo un doctorado centrado en un análisis de género de la crisis agraria contemporánea de Sudáfrica. Su trabajo va más allá de la economía política alternativa, la justicia racial y los feminismos. “Las mujeres sudafricanas negras han sido históricamente agricultoras de subsistencia, y su trabajo básicamente ha sostenido la reproducción social de la clase trabajadora durante el Apartheid e incluso después de eso”, explicó Khwezi. “Esto es importante porque su trabajo olvidado es parte de una estrategia más amplia de medios de vida sostenida a través de huertos comunitarios y familiares”, agregó.

La posición de Sudáfrica como una potencia económica regional, y las actividades extractivas que lo llevaron allí, no pasaron desapercibidas por Khwezi. Según el activista, la raza a veces se usa como un arma económica para dar paso a las actividades mineras. El cinturón de platino del país, por ejemplo, tiene algunas de las concentraciones más altas de metales preciosos en el mundo. “Cuando las grandes empresas nacionales e internacionales quieren una licencia minera, deben demostrar que están contribuyendo a los objetivos políticos de Sudáfrica, como la reparación racial, por lo que forjan asociaciones con la élite negra”, señaló Khwezi. “Algunas secciones de los antiguos círculos oprimidos se convierten en las fuerzas opresoras”, concluyó.

El Cabo de las Agujas, en la punta del continente en Sudáfrica, no muy lejos de donde vive Khwezi, es el lugar donde los océanos se vuelven sobre sí mismos. Las cálidas aguas de la corriente india chocan con las frías que ascienden enérgicamente desde la Antártida y los dos sistemas se empujan el uno contra el otro como bailarines que giran imparables con la energía de la fuerza centrípeta. Esta coreografía oceánica es tan fluida y predecible como los ciclos de vida de los humanos y los movimientos sociales que construyen para mantenerlos en movimiento. Así funcionan las políticas de la generación.

“Hay tanto con lo que lidiar y no tenemos mucho tiempo”, advirtió Chiara Sacchi, una activista juvenil de Jóvenes por el Clima en Argentina. Cuanto más hablaba Chiara sobre lo que significa tener 18 años y llegar a la mayoría de edad en la era del caos climático y de una gran pandemia, más resonaba su voz. “Todos nuestros problemas en Argentina son sistémicos”, explicó. “Los cambios individuales no serán suficiente, por lo que debemos exigir políticas públicas que puedan hacer posible un gran cambio, desde la raíz del problema”.

Jóvenes por el Clima está dividido en módulos según diferentes intereses. Chiara se ha unido a dos de ellos: cambio climático y áreas rurales. “Argentina es un país que utiliza constantemente los recursos naturales, a través de los agronegocios, la deforestación y la minería, pero los y las jóvenes nos estamos organizando para acabar con eso”, agregó.

Chiara pone en práctica los principios de la transición justa a través de su trabajo de organización. Un aspecto de ese trabajo consiste en socavar el sistema alimentario industrial, para reemplazarlo por uno en el que las personas consumidoras en las ciudades se conectan directamente con los grupos productores a pequeña escala. “Estamos entablando un diálogo, y eso funciona mejor cuando comienza desde el nivel municipal, de vecino a vecino, y de esta manera presentamos otra visión que cambia el juego”, aseguró Chiara. “Y luego se presentan esos grandes momentos políticos, y nos reunimos todos y todas y marchamos hacia la capital para mostrarles nuestras caras al mundo”.

SÍNTESIS

En este momento político que está tan definido por unas consecuencias inminentes como lo está por la pandemia en sí misma, una imagen de una obra del artista activista filipino Federico ‘Boy’ Domínguez se ha abierto camino a través de algunos circuitos activistas virtuales. La pintura muestra un conjunto de barcos esparcidos y ensamblados a partir de diferentes denominaciones de moneda, a la deriva en un mar de olas de un llamativo rojo zafiro. Representa la estratificación social en su peor momento, donde unos pasajeros caricaturizados se aferran nerviosamente a los lados de sus hacinados barcos de papel. Una mirada más detenida revela a otras personas abandonadas a su suerte en el mar violento, pidiendo auxilio a las personas en los barcos y señalando hacia arriba como símbolo del alivio. Sirve como uno de los numerosos recordatorios de que lo que está sucediendo en este momento pone en evidencia la profunda desigualdad.

De hecho, este momento político es una tormenta perfecta de dos sistemas de presión opuestos, la salud humana en una era de pandemia y la salud planetaria en medio de la agonía del cambio climático. La transformación es inevitable, pero cómo se vea ese cambio depende de nosotros y nosotras. Los movimientos de justicia social que ya están familiarizados con este tipo de shocks y deslizamientos, especialmente aquellos que trabajan en las intersecciones del acaparamiento de recursos y la mitigación del cambio climático, han presentado algunas propuestas audaces sobre los cambios que son tan necesarios para romper el estancamiento.

Entre estas propuestas son clave los marcos de los feminismos, la agroecología, el agua y la transición justa. Estos cambios nunca fueron conceptualizados como soluciones milagrosas; se ven diferentes según las escalas y los espacios, y varían en función de factores como la raza, la clase, el género y la generación que se han

utilizado como palancas de opresión dentro del sistema capitalista. Todos los marcos hacen énfasis en la centralidad del territorio y el control comunitario sobre él. Y cada uno de estos puntos de referencia está vinculado y reforzado por los demás. Por ejemplo, los feminismos forman parte de las transiciones justas en la misma medida en que el agua es un componente de la agroecología.

Desde las dolorosas sacudidas de la globalización que definieron las últimas dos décadas del viejo milenio hasta las convergencias de las crisis que han caracterizado los primeros veinte años del nuevo, los movimientos de soberanía alimentaria y justicia climática han tratado –cada vez más de manera conjunta– de sostener el marco maestro para el cambio sistémico. La intención nunca fue que el esfuerzo masivo por cambiar el sistema fuera individual, a modo de un Atlas mitológico que equilibra el peso del mundo sobre sus hombros. Es un proceso predominantemente colectivo y continuo que se ejemplifica con millones de pequeños fuegos que iluminan un cielo sin luna.



RESUMEN

Los movimientos de justicia social están utilizando la soberanía alimentaria y la justicia climática como puntos de partida para una reforma sistémica radical. Aunque muchas organizaciones de base han trabajado históricamente por sectores, los y las activistas están entablando conversaciones profundas para construir sofisticadas convergencias para ganar luchas de larga data por los recursos naturales y resolver múltiples crisis. Estas conversaciones ponen en evidencia sinergias dentro y entre los movimientos, las más llamativas de las cuales son el trabajo sobre feminismos, agroecología, agua y transición justa. Este profundo momento de diálogo político también revela tensiones, muchas de las cuales se están abordando a través de un enfoque interseccional para la construcción de alianzas que explica la superposición de sistemas de opresión como la raza, la clase y el género. La transformación es inevitable en este momento de resonantes crisis económicas y ambientales en todo el mundo, pero cómo se vea ese cambio depende de nosotros y nosotras. A medida que gana velocidad el descenso del capitalismo hacia un futuro en el que es imposible vivir, los movimientos de justicia social le están mostrando a la humanidad una vez más que otro mundo es posible, necesario y que ya se está gestando.



PERSONAS ENTREVISTADAS

- Andrea Carmen, del Consejo Internacional de Tratados Indios (CITI), Nación Yaqui;
- Arieska Kurniawaty, de Solidaritas Perempuan, Indonesia;
- Chiara Sacchi, de Jóvenes por el Clima, Argentina;
- Esther Stanford-Xosei, de Extinction Rebellion Internationalist Solidarity Network (XRISN), Reino Unido;
- Fatou Camara, del Foro Mundial de Pueblos Pescadores (WFFP) y el Comité de Planificación Internacional para la Soberanía Alimentaria (CIP) - grupo de trabajo de pesca, Gambia;

- Janene Yazzie, del Consejo Internacional de Tratados Indios (CITI), Nación Diné;
- Jesús Vázquez, de la Organización Boricuá de Agricultura Ecológica (Boricuá)/La Vía Campesina (LVC) y la Alianza por la Justicia Climática (CJA), Puerto Rico;
- Khwezi Mabasa, ex coordinador de política social del Congreso de Sindicatos de Sudáfrica (COSATU), Sudáfrica;
- Ruth Nyambura, de African Ecofemenist Collective, Kenia;
- Saira Abbas¹⁵, de la Unión de Comités de Trabajadores Agrícolas (UAWC),
- Palestina; Saulo Araujo, de WhyHunger / U.S. Food Sovereignty Alliance, Estados Unidos;
- Tarcila Rivera Zea, del Centro de Culturas Indígenas del Perú (CHIRAPAQ)/Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (ECMIA), Perú.

¹⁵ El nombre ha sido cambiado para mantener la confidencialidad de la entrevistada.



CONCEPTOS CLAVE

- Nutrir los feminismos de base permite a las personas más afectadas por un sistema basado en formas de opresión interconectadas construir todo lo necesario para reemplazarlo.
- La agroecología es un proceso de lo que se debe hacer para restablecer el equilibrio a través de la soberanía alimentaria y la justicia climática, no un remedio único para todos y todas.
- A veces pasada por alto en los debates sobre los recursos naturales como un elemento secundario, el agua debe abordarse con urgencia y de manera directa.
- La transición justa encapsula los caminos a seguir para superar el impasse de la apropiación de recursos y la mitigación del cambio climático.



PALABRAS CLAVE

- Cambio climático
- Destrucción ecológica
- Justicia climática
- Soberanía alimentaria
- Feminismos
- Agroecología
- Agua
- Transición justa
- Agroindustria
- Poder corporativo
- Capitalismo
- Racismo
- Patriarcado

